



SUMARIO

	<i>Página</i>
Tema 12 del programa: Informe del Consejo Económico y Social Informe de la Segunda Comisión (Parte I)	699
Tema 21 del programa: Elección de siete miembros del Comité del Programa y de la Coordinación	700
Tema 52 del programa: Período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme: informe del Comité Preparatorio del período extraordinario de sesiones de la Asamblea Ge- neral dedicado al desarme	700
Tema 100 del programa: Proyecto de presupuesto por programas para el bienio 1978-1979	701
Discurso del Sr. Omar Bongo, Presidente de la República Gabonesa	701

Presidente: Sr. Lazar MOJSOV (Yugoslavia).

TEMA 12 DEL PROGRAMA

Informe del Consejo Económico y Social

**INFORME DE LA SEGUNDA COMISION (PARTE I)
(A/32/265)**

1. Sr. DHARAT (Jamahiriya Arabe Libia), Relator de la Segunda Comisión (*interpretación del inglés*): Tengo el honor de presentar la primera parte del informe de la Segunda Comisión sobre el tema 12 del programa, intitulado "Informe del Consejo Económico y Social" [A/32/265].

2. En el párrafo 6 de dicho informe, la Segunda Comisión recomienda a la Asamblea General la aprobación de un proyecto de resolución denominado "Asistencia para la reconstrucción de Viet Nam", que fue aprobado sin voto por la Comisión. Los representantes de Cuba, la URSS, la República Democrática Alemana, Malí, Noruega — que habló también en nombre de los países escandinavos —, Jamaica, la República Democrática Popular Lao, Checoslovaquia, Malasia, Viet Nam y los Estados Unidos de América hicieron uso de la palabra respecto de ese proyecto de resolución en la 6a. sesión de la Segunda Comisión, celebrada el 6 de octubre de 1977.

De conformidad con el artículo 66 del reglamento se decide no discutir el informe de la Segunda Comisión.

3. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): La posición de las delegaciones con respecto al proyecto de

resolución recomendado en el párrafo 6 del informe de la Segunda Comisión está registrada en las actas resumidas de la Comisión.

4. Tomaremos ahora una decisión acerca del proyecto de resolución recomendado por la Segunda Comisión en el párrafo 6 de su informe. El informe de la Quinta Comisión sobre las consecuencias administrativas y financieras del proyecto de resolución aludido figura en el documento A/32/274. Recuerdo a los representantes que el proyecto de resolución se aprobó sin votación en la Segunda Comisión. ¿Puedo considerar que la Asamblea General desea aprobar el proyecto de resolución?

Queda aprobado el proyecto de resolución (resolución 32/3).

5. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): Daré ahora la palabra a los representantes que deseen hablar en esta coyuntura.

6. Sr. WHALEN (Estados Unidos de América) (*interpretación del inglés*): Mi delegación desea reiterar que no participamos en este consenso por las mismas razones expuestas en la 6a. sesión de la Segunda Comisión celebrada el 6 de octubre.

7. Sr. DINH BA THI (Viet Nam) (*interpretación del francés*): Deseo, en primer lugar, expresar nuestro agradecimiento más sincero a todos los representantes que le han tenido a bien manifestar su simpatía a nuestro pueblo con motivo de la admisión del Viet Nam como Miembros de las Naciones Unidas. Esta manifestación unánime de amistad y de solidaridad de parte de la comunidad internacional hacia nuestro pueblo, así como la aprobación dada por la Asamblea al proyecto de resolución que figura en el documento A/32/265, sobre asistencia para la reconstrucción de Viet Nam, constituyen un gran aliento para nuestro pueblo en sus esfuerzos heroicos para reconstruir el país y asegurar una vida mejor después de la guerra reconocida como la más devastadora después de la Segunda Guerra Mundial.

8. Aprovecho esta oportunidad para reiterar nuestro sincero agradecimiento a la mesa de Coordinación de los Países no Alineados y a su Presidente, el Embajador Fonseca, por los esfuerzos que han desplegado para asegurar el éxito de esta resolución.

9. Agradezco también sinceramente a todos los países amigos, patrocinadores de este proyecto de resolución. Una vez más deseo reiterar nuestro sincero agradecimiento al Secretario General, Sr. Kurt Waldheim, por sus esfuerzos constantes para promover la ayuda internacional para la

reconstrucción de Viet Nam y por su inestimable contribución al éxito de esta resolución. Estamos convencidos de que prestará una atención especial para asegurar su ejecución.

10. El pueblo y el Gobierno vietnamita, durante los años de la guerra como durante el período de reconstrucción de la posguerra, ha seguido una política consecuente basada solamente en sus propias fuerzas. Pero, al mismo tiempo, apreciamos en su justo valor la importancia de la ayuda internacional, que constituye un factor positivo en el fortalecimiento de nuestra propia capacidad. Sobre la base de esa política justa y consecuente, no solamente hemos ganado la estima y la ayuda de nuestros amigos, sino también hemos podido acrecentar la acometividad durante la guerra y mejorar las condiciones materiales y técnicas en la reconstrucción.

11. Desde esta tribuna reiteramos nuestro más sincero agradecimiento a todos los países socialistas hermanos que nos han dado una ayuda sustancial, eficaz y desinteresada, tanto durante el largo período de la guerra como en el curso de la reconstrucción de nuestro país.

12. Damos las gracias de todo corazón a los países no alineados, que aunque tienen sus propias dificultades nos han asistido sobre una base bilateral y han manifestado su solidaridad contribuyendo a los fondos de solidaridad de los países no alineados para Laos y Viet Nam. Damos las gracias a las otras naciones amigas, más especialmente a los países nórdicos, y a algunos Estados de Occidente, a las organizaciones internacionales del sistema de las Naciones Unidas y a todos aquellos que nos han ofrecido su asistencia en nuestros esfuerzos para curar las heridas de la guerra y reconstruir el país, desde los días inmediatos al final de la guerra.

13. Esta ayuda internacional, a la que se unieron muchos países en desarrollo cuyas economías nacionales enfrentan todavía grandes dificultades, constituye una manifestación de la conciencia universal frente a una de las más grandes tragedias de la historia, como fue la guerra de agresión imperialista contra el pueblo de Viet Nam.

14. Sin embargo, lamentamos que en estos últimos años y ante tan bella manifestación de la conciencia universal, el Gobierno de los Estados Unidos no haya observado una actitud conforme con la responsabilidad que le incumbía respecto de la situación de Viet Nam.

15. Recientemente, en un almuerzo ofrecido a los representantes de los países asiáticos el 5 de octubre pasado, el Presidente Carter declaró solemnemente: "En Asia sudoriental estamos tratando de reparar los daños de la reciente guerra." Deseamos que esta declaración se traduzca en hechos concretos y que el Gobierno de los Estados Unidos adopte una actitud más positiva de acuerdo con el sentido del honor y la responsabilidad.

TEMA 21 DEL PROGRAMA

Elección de siete miembros del Comité del Programa y de la Coordinación

16. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): Como saben los representantes, los Estados que habrán de

reemplazar a los miembros del Comité del Programa y de la Coordinación cuyos mandatos finalizan el 31 de diciembre de 1977, son propuestos por el Consejo Económico y Social y elegidos por la Asamblea General.

17. El documento A/32/127 contiene una nota del Secretario General en la que se informa a la Asamblea que el Consejo Económico y Social ha propuesto la candidatura de los siguientes Estados : Brasil, Burundi, Ghana, India, Indonesia, Japón y Kenya. Si no escucho objeciones, consideraré que la Asamblea General declara a esos Estados elegidos como miembros del Comité del Programa y de la Coordinación por un término de tres años que comienza el 1º de enero de 1978.

Así queda acordado (decisión 32/305).

18. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): Deseo felicitar a los Estados que acaban de ser elegidos miembros del Comité del Programa y de la Coordinación.

TEMA 52 DEL PROGRAMA

Período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme: informe del Comité Preparatorio del período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme

TEMA 100 DEL PROGRAMA

Proyecto de presupuesto por programas para el bienio 1978-1979

19. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): Hay otro tema que no figura en el orden del día de esta sesión, pero que deseo presentar a la Asamblea, relativo a la recomendación unánime del Comité Preparatorio del período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme [A/32/41, párr. 20]. Esta recomendación se hizo en relación con el programa de construcciones que iba a tener lugar en el edificio de la Sede en Nueva York durante 1978 y 1979, de conformidad con la resolución 31/195 de la Asamblea General.

20. Como saben los representantes, la Asamblea General decidió en su 5a. sesión plenaria, el 23 de septiembre de 1977, de acuerdo con una recomendación de la Mesa [A/32/250, párr. 24 b) ii)], que la Asamblea tomara una decisión antes del 15 de octubre de 1977 relacionada con el cambio de las fases de los trabajos de construcción en la Sede de las Naciones Unidas, a fin de que la Sala de la Asamblea General quedara disponible para el período extraordinario de sesiones dedicado al desarme a realizarse en 1978. La recomendación del Comité Preparatorio pasó a estudio de la Quinta Comisión.

21. Tengo entendido que la Quinta Comisión consideró la cuestión en su 16a. sesión, el día de ayer, y decidió, sin objeciones, informar a la Asamblea de que el nuevo programa de construcciones en la Sala de la Asamblea General para 1978 y 1979 no supondría ningún aumento de los costos estimados. Por consiguiente, si no hay objeciones, consideraré que la Asamblea General desea cambiar las fases de los trabajos de construcción en la Sede a fin de que la

Sala de la Asamblea General pueda ser utilizada durante el período extraordinario de sesiones de 1978.

Así queda acordado (decisión 32/403),

Se suspende la sesión a las 11.50 horas y se reanuda a las 12.15.

**Discurso del Sr. Omar Bongo, Presidente
de la República Gabonesa**

22. El PRESIDENTE (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora una declaración de Su Excelencia El Hadj Omar Bongo, Presidente de la República Gabonesa y Presidente en ejercicio de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana. En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a Su Excelencia El Hadj Omar Bongo. Lo invito a dirigirse a la Asamblea.

23. Sr. BONGO (Gabón) (*interpretación del francés*): Hace siete años, en esta misma tribuna, tuve el alto honor, como Presidente de la República Gabonesa, de dirigirme a esta ilustre Asamblea, reunida en su vigésimo quinto período de sesiones¹.

24. Hoy, como Presidente en ejercicio de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana (OUA), me corresponde ser el portavoz de nuestra comunidad continental.

25. En tal carácter, es para mí motivo de sumo placer felicitarlo, Sr. Presidente, por su brillante elección.

26. Saludo en usted a quien, merced a su experiencia, tino y moderación, supera consideraciones nacionales y ofrece prenda cierta del éxito de las labores del trigésimo segundo período de sesiones de la Asamblea General de nuestra Organización.

27. Deseo añadir a este saludo personal la expresión de una especial simpatía por su país, por las excelentes relaciones que desde hace mucho tiempo mantiene con él un número considerable de Estados africanos.

28. En efecto, sentimos un profundo apego por Yugoslavia. Constituye para nosotros un símbolo de la ética sagrada de la no alineación. Yugoslavia es un país no alineado, no sólo por la forma como desarrolla sus relaciones con los países de Africa, Asia y América Latina; lo es globalmente, en su forma de ser, en su constante avance, en su conducta internacional, en sus relaciones y en sus negociaciones con las grandes Potencias del mundo. Su actitud, por cierto, se ajusta a las aspiraciones de los pueblos africanos.

29. Asimismo, deseo saludar y felicitar a todos los demás miembros de la Mesa, cuya competencia y seriedad constituyen una garantía adicional de los resultados fructíferos de nuestras labores.

30. Por no haber escatimado esfuerzo alguno durante su mandato para lograr los resultados positivos a que aspiramos en todas las esferas, el Presidente del trigésimo primer período de sesiones se ha ganado nuestras felicitaciones más cálidas.

31. Por último, no puedo olvidarme tampoco de la notable labor realizada por el Secretario General de las Naciones Unidas, que se concretó en la magistral memoria anual [A/32/1] — tanto en cuanto a la forma como al fondo — que presentó a esta Asamblea y que no dejará de enriquecer los debates y de aclarar muchos temas que figuran en nuestro programa. Peregrino, si no apóstol de la paz, el Secretario General de las Naciones Unidas siempre ha adoptado una posición cuando ha sido preciso hacerlo donde las circunstancias exigían su intervención y arbitraje. Por consiguiente, le estoy muy agradecido por la excelente memoria anual que ha preparado, así como por sus infatigables esfuerzos destinados a reducir la tirantez, lamentablemente cada vez más difundida en el mundo y, especialmente, en el continente africano.

32. Sin embargo, esta comprobación no debe hacernos olvidar que desde que se clausuró el último período de sesiones de nuestra Asamblea varios países han alcanzado su soberanía internacional y me complace observar cómo nuestra Organización se enriquece con la admisión de dos nuevos Miembros, a saber, Djibouti y Viet Nam. Deseo felicitar sinceramente a esos dos países y, en nombre de la OUA, expresarles nuestros mayores deseos de éxito en el difícil ejercicio de la soberanía internacional. Gracias a la admisión de esos dos países nuestra Organización extiende su influencia y cumple así con su vocación fundamental.

33. En el actual período de sesiones se tratarán una serie de problemas políticos y económicos, así como de cooperación internacional, de suma importancia, puesto que nuestro porvenir depende de su solución. En este sentido, creo que nadie se sorprenderá si mis palabras expresan fielmente la desilusión, la impaciencia e incluso la amargura de todos los corazones africanos.

34. ¿Es acaso realmente preciso recordar por qué no sólo los dirigentes de los Estados africanos, sino también sus pueblos y, en el mundo entero, todos aquellos que comparten con ellos el amor por la justicia y la dignidad, se irritan ante los constantes ultrajes a que se ven sometidos?

35. La principal razón de nuestra frustración y nuestra reacción tiene su origen en el constante fracaso de las Naciones Unidas, su imposibilidad de curar una herida que lleva Africa en el costado y el tratamiento que conviene dar a los males y a las miserias de que padece.

36. Esa herida es el insulto infligido a las aspiraciones, a la dignidad y a la libertad de un número demasiado elevado de nuestros hermanos, a su derecho inalienable a vivir como seres humanos y a la soberanía irrecusable en su propio suelo y en su propio país.

37. Los males y la miseria se deben a la debilidad fatal de que padecen los países en desarrollo, sometidos a un orden económico internacional fundamentalmente injusto basado en la satisfacción esencial de los intereses de los más ricos. ¿Acaso es preciso recordar de nuevo a éstos que, al amparo

¹ Véase *Documentos Oficiales de la Asamblea General, vigésimo quinto período de sesiones, Sesiones Plenarias*, 1867a. sesión (período de sesiones conmemorativo), párrs. 99 a 118.

de sus discursos generosos, crean con arrogancia y, a menudo con el desprecio total de los más débiles, enormes fortunas y un impresionante poderío, que hoy constituyen su fuerza y, a veces por desgracia, la ley del mundo?

38. En 1945, después de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial y de los inmensos estragos que esta causó, los representantes de 52 Estados reunidos en San Francisco fundaron una organización destinada a defender la paz y a inaugurar para todos los pueblos una era de justicia, de progreso y de felicidad. Nació una Carta. Una Carta que, en principio, definía los medios de llevar a cabo este ambicioso programa.

39. Cuando lograron su soberanía internacional, los países africanos aceptaron a menudo las reglas con entusiasmo. Digo con entusiasmo, pues una inmensa esperanza de paz, de solidaridad y de cooperación animaba a sus jefes. Con la independencia creían poder actuar sin demasiadas dificultades y bastante rápidamente hacia el desarrollo, la evolución del nivel de vida y el florecimiento de todos sus pueblos.

40. En esa Carta se invitaba a todos los firmantes a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra; a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre y la igualdad entre las naciones, cualquiera fuera su poderío; a crear condiciones bajo las cuales pudiera mantenerse la justicia; a promover, en fin, el progreso social, y a elevar el nivel de vida de todos.

41. Si se examina la situación que hoy día prevalece en el sur de Africa y, lamentablemente, en muchas otras regiones, ¿podemos considerar que se ha cumplido este solemne compromiso?

42. Los habitantes de Sudáfrica, de Namibia y de Zimbabwe, al igual que los habitantes de todas partes del mundo, aspiran a la dignidad, a la libertad, a la justicia y a la felicidad. ¿Se han satisfecho sus deseos? ¿Acaso se concretó con la independencia su derecho natural a disponer de sí mismos? Evidentemente no, puesto que por millones siguen doblegados bajo el yugo político, económico y militar de las minorías blancas, que fundamentan su ley en el concepto más inmoral, aberrante e injustificable del racismo: el de la supuesta superioridad de una raza sobre otra.

43. Sí; hay que repetirlo con firmeza: una multitud privada de los derechos humanos fundamentales vive en la tierra de sus antepasados como si fueran parias. La libertad de conciencia, la de palabra, la de reunión, la de libre circulación, la de poseer bienes y disponer de ellos, y finalmente, la de agruparse como nación y de gobernarse, en suma, los derechos que forman parte de nuestra vida y nuestra dignidad, y de los que las Naciones Unidas se han convertido en defensoras y garantes, en su caso son impugnados y negados.

44. A nuestros prójimos, tratados como subhombres, un poder inicuo impone el así llamado desarrollo separado con los famosos "territorios patrios" o bantustanes, que son una farsa de patria y de gobierno.

45. A pesar de nuestras advertencias y reprobaciones, los elementos de una enorme crisis se van acumulando año tras

año en el Africa meridional, donde 3.6 millones de blancos imponen una dominación a la vez brutal e hipócrita a 15 millones de negros. Al margen de toda consideración moral, esta separación demográfica hace inevitable la prueba de la fuerza.

46. Aun oprimidos y sometidos a un verdadero régimen de vigilancia total, los más numerosos no permanecerán hasta el fin de los siglos en su condición miserable. Imaginar lo contrario equivale a reconocer que no tienen ningún valor ni sienten ningún respeto por sí mismos. Estas quimeras demuestran la ceguera y la mediocridad de sus amos provisionales.

47. Hay una suerte de locura en despreciar a los seres humanos a tal punto.

48. ¿En qué abismos de sus almas encuentran los blancos de Sudáfrica un orgullo tan monstruoso?

49. En su lugar, en efecto, cualquier gobierno cambiaría de política. Haría más flexible la segregación, con la esperanza de preservar el porvenir. Pero, curiosamente, el Sr. Vorster y sus ministros eluden esta opción. A los riesgos del movimiento prefieren los de la inmovilidad.

50. Es verdad que disponen de una indiscutible superioridad material. Se arman, se organizan, hacen frente a la lucha a pie firme, atrincherados detrás de sus tanques, sus cañones y sus ametralladoras. Convencidos de que aniquilarán al adversario, como lo hicieron en Sharpeville y Soweto, no ven ninguna razón para ceder nada.

51. Quiero repetir hasta el cansancio que un cálculo tan sumario deja de lado lo esencial, es decir, la rebelión de la desesperación. Tarde o temprano habrá de estallar la de nuestros hermanos.

52. El *apartheid* acumula la vindicta. Contiene el germen de espantosas venganzas. En el mundo antiguo y en el nuevo, nadie ignora esta verdad. Pero, a fuerza de ser dichas y repetidas, ciertas evidencias pierden peso. Todos se acostumbran a ellas, acaban por no mirarlas porque están acostumbrados a verlas. La segregación racial instaurada en El Cabo, en Pretoria y en las minas y los suburbios de Johannesburgo se erige, en la historia del siglo XX, como un monumento a la vergüenza.

53. Dentro de poco hará casi 30 años que ultraja nuestros ojos. Se nos hace tanto más insoportable cuanto que se va acercando a su fin. Con una curiosa mezcla de inconsciencia y de audacia, sus organizadores justifican las iniquidades con su establecimiento en la zona, que data de alrededor de 330 años. Pero, por real que ello sea, equivale a un sofisma, porque soslaya el verdadero problema.

54. La antigüedad del asentamiento, aunque fuera de carácter inmemorial, como el de los africanos en sus localidades, no otorga a nadie el derecho de tratar a los otros hombres como bestias.

55. Para nosotros, he ahí el único principio que debemos tener en cuenta. Fuera de esta certidumbre no existe discusión posible.

56. A corto o largo plazo, un exceso se destruye por sí mismo.
57. El exceso de humillación a que el pretendido "desarrollo separado" expone a nuestros hermanos los obliga a la revuelta, como nos obliga a apoyarlos. No debe quedar ninguna duda a este respecto, particularmente entre las Potencias occidentales.
58. Por cierto, Vorster contó durante mucho tiempo con la indulgencia comprensiva, y el volumen de las inversiones extranjeras en su industria multiplica su poderío al mismo tiempo que fortalece el sistema político y social.
59. El dinamismo de la economía sudafricana otorga a ésta impresionantes recursos militares. ¿No produce, acaso, helicópteros, aviones ligeros, proyectiles aire-aire, indispensables para su defensa? El oro y los diamantes de su subsuelo inmensamente rico le garantizan, además, un inagotable tesoro de guerra. Por ello, parece invencible.
60. Su buen funcionamiento no deja de depender de aquellos a quienes oprime. Una ingente mano de obra negra le brinda la irremplazable ayuda de su trabajo. Unas pocas semanas de huelga bastarían no solamente para paralizarla, sino para sumir en el pánico a los inversionistas.
61. Su eficacia compleja hace que la industria moderna sea particularmente vulnerable. El menor accidente la disloca, la desorganiza. No aguanta lo imprevisible. Menos aún las tensiones sociales prolongadas.
62. La integración de los trabajadores negros a la maquinaria productiva de los blancos sudafricanos coloca sobre ellos una hipoteca temible que ya no pueden ignorar.
63. Hasta ahora, nuestros hermanos han recurrido bastante poco a esta forma de combate, pero está presente en todos sus espíritus.
64. El propio Occidente lo sabe. Como lo demuestra una reciente evolución de la política de algunas de estas Potencias, el Occidente ya no considera la situación del Estado segregacionista con la serenidad algo benévola de antaño.
65. Fuera de toda consideración moral, el *apartheid* conlleva la formidable culpa de que no puede ser defendido por nadie.
66. El estremecimiento de Soweto, el año pasado, anunció mutaciones irreversibles. Un acontecimiento de esta amplitud no ocurre por sorpresa ni desarrolla de inmediato todas sus consecuencias.
67. El regreso a una calma relativa no impide, en absoluto, que tras años de auge la confianza de Sudáfrica en ella misma esté pasando por un período de grave eclipse. Los inversionistas son cada vez más raros, los amigos de afuera menos seguros.
68. Así como las enfermedades de incubación lenta se curan raramente con rapidez, las crisis políticas preparadas por decenas de errores no se calman de la noche a la mañana. La del Africa meridional viene de lejos e irá más lejos aún.
69. Pese a su eterna repugnancia a mirar las cosas de frente — los occidentales lo saben bien —, la caída del régimen segregacionista les parece tan fatal como a nosotros. En cierta medida hasta vislumbran la necesidad de ello.
70. En efecto, el *apartheid* atiza una tensión peligrosa en una de las zonas estratégicas más importantes del globo y expone, por consiguiente, a desquiciamientos imprevisibles.
71. Esta amenaza sume en el temor a los países de los que el Sr. Vorster extrajo durante tanto tiempo su apoyo político, económico y militar. Ellos no tienen nada que ganar con el mantenimiento de una hipótesis tan peligrosa.
72. Sin embargo, debido a los riesgos que entraña, el cambio también los espanta. Temen que mediante las perturbaciones locales llegue al poder un gobierno hostil y coloque la ruta de El Cabo bajo el control de la flota del campo opuesto.
73. Pero, aun con débiles conceptos geopolíticos, nadie piensa en una hipótesis semejante, sin comprender que perturbaría la relación de las fuerzas internacionales.
74. Entre este peligro y el del *statu quo*, América y Europa ya no vacilan respecto a los principios, aunque vacilen todavía en sus actos. Sus cálculos, sus temores, reducen finalmente la tragedia sudafricana a esta pregunta muy simple: nada impedirá ya la caída de un orden odiado; pero ¿qué hacer para que no provoque irremediables complicaciones diplomáticas o militares?
75. Ciertamente, no nos corresponde ofrecer a este problema una solución perfecta. Hay elementos demasiado variados en su composición. No tenemos la maestría suficiente para ello. Por lo demás, ningún otro la tiene tampoco. El Sr. Vorster lo sabe. Intenta, pues, explotar nuestra incertidumbre. Suplica al universo que le dé un poco más de tiempo. ¿Tiempo para hacer qué?
76. Después de casi 30 años de una discriminación fundada sobre la servidumbre de todo un pueblo, ¿no cuenta acaso con la experiencia necesaria para llevar a cabo amplias reformas, si realmente quiere hacerlo? Después del alerta y la advertencia de Sharpeville, sus semejantes y él mismo disponían del tiempo suficiente para abandonar sus odiosas doctrinas. Pero en lugar de renunciar, se aferraron a ellas. El nuevo plazo que reclaman, con la promesa de cambiar de actitud, se desprende de estos procesos dilatorios que una política que se respete a sí misma no toma en serio.
77. Sin pretender tener la clave de una situación extremadamente compleja, nos negamos a entrar en el juego de un adversario irreconciliable y darle la tregua que solicita con la esperanza de engañarnos una vez más.
78. Tampoco nos corresponde decir a través de qué mecanismos institucionales, qué partidos y qué hombres la mayoría negra obtendrá su independencia, y ni siquiera si el futuro Gobierno de Pretoria será multirracial.
79. Es evidente que los pueblos negros de Sudáfrica cuentan entre ellos con muchos individuos eminentes, competentes y respetables. Su participación en las responsa-

bilidades públicas debe efectuarse en forma proporcional a lo que representan. Por esta sola razón, la abolición del sistema de *apartheid* no es una cuestión de plazos, sino simplemente de principios.

80. La abominable segregación racial impide toda negociación política. Se trata, pues, de suprimirla, pero no dentro de seis años, seis meses o seis semanas, sino de inmediato. La menor vacilación transformará en ira la legítima rebelión de una mayoría cada vez menos silenciosa. Así, las posibilidades de los extremistas y los riesgos de complicaciones irreparables se aumentarán necesariamente. Por nuestra parte, nos negamos a aceptar hasta la hipótesis de un enredo tan monstruoso. La inteligencia humana tiene por misión conjurar las catástrofes.

81. Nuestros pueblos no escatimarán ningún esfuerzo para acudir en auxilio de sus desgraciados hermanos. Su suerte compromete no solamente la justicia, sino también la seguridad continental. Esta seguirá siendo incierta, vulnerable, ilusoria, mientras continúe existiendo a nuestras puertas semejante foco de crisis internacional.

82. En 1976, la tragedia de Soweto tomó aparentemente al mundo entero por sorpresa. Sin embargo, con otros países, Gabón no había esperado el estallido para interesarse en los movimientos de liberación sudafricanos. Ya en 1975 había organizado una reunión entre sus delegaciones, en Libreville. Con firmeza, apoyamos el establecimiento de un poder nacional dentro de su país. No hay ningún medio de evitar el desastre, excepto que la solución se ajuste tanto al sentido común como a la justicia.

83. Instamos, pues, solemnemente a las Potencias occidentales a que pongan fin al apoyo que aún prodigan, bajo diversas formas, a un régimen anacrónico, retrógrado y cruel.

84. Simultáneamente, y con la misma energía, pedimos a todas las Potencias, sean del Oeste o del Este, que eviten toda intervención susceptible de agravar las perturbaciones en el hemisferio austral.

85. Directamente o por intermedio de alguno de sus aliados, intervendrían en principio para combatir contra el marxismo, el imperialismo, el colonialismo o el neocolonialismo.

86. Ya conocemos cada una de estas antiguas justificaciones. Sabemos, desde hace mucho, que la ideología dominante siempre sirve de coartada a los grandes intereses.

87. Por uno de esos desvíos de los cuales la historia humana ofrece tantos ejemplos, el ideal de una lucha de los pueblos contra las Potencias se ha convertido simplemente en un arma, un medio de intimidación, en la lucha entre esas mismas Potencias. Esta evolución obedece a una ley demasiado trivial como para que convenga asombrarse por ella. Si no queremos convertirnos en víctimas, debe permitirse a nuestro realismo extraer las debidas conclusiones.

88. Africa no brindará su apoyo ni sus ilusiones a un antimarxismo o a un antiimperialismo transformados en instrumentos de conquista neocolonial o imperial.

89. Hace unos 15 años, nuestros Estados ingresaban al concierto de naciones con la fe, un poco ingenua, de todo país joven frente a la ideología. Las palabras “democracia” y “libertad” resonaban en nuestros corazones como la promesa de una nueva era y nos entusiasmábamos. Las Potencias arrojaron sobre nuestra fe el glacial desencanto de un cinismo implacable. Pero no nos indignaremos por ello; sabemos que la iniciación, inevitablemente dolorosa, a las verdades de este mundo, se logra con este precio.

90. Admitida esta concesión, no conviene permitir, sin embargo, que se incremente en proporciones demasiado escandalosas el divorcio entre las palabras y los actos.

91. ¿De qué sirve hablar de justicia o de emancipación si una y otra se detienen al sur del Zambeze?

92. La desgracia de nuestros hermanos nos obliga a preparar su liberación. Nadie duda de que este combate noble que emprendemos para ellos también tenemos que ganarlo para nosotros.

93. Ante este genocidio monstruoso y esta tragedia amenazadora cuyos peligros no han sido subestimados por nuestro Secretario General, el Sr. Kurt Waldheim, ¿qué deben hacer, qué pueden hacer las Naciones Unidas?

94. Hasta ahora, por cierto, no han permanecido totalmente inactivas. Multiplicaron las condenas morales; redactaron decenas de resoluciones, de las cuales la mayoría, lamentablemente, sigue siendo letra muerta; organizaron conferencias donde la intransigencia, la moderación y la hipocresía se enfrentan, como en todas partes, sin llegar a resultados prácticos.

95. En lo que se refiere a Africa sudoccidental, con respecto a la cual la difunta Sociedad de las Naciones había dado a la Unión Sudafricana de aquel entonces un mandato administrativo, la Organización de las Naciones Unidas ha adoptado decisiones. En especial, puso fin a ese mandato [resolución 2145 (XXI)] y fijó el 30 de mayo de 1975 como límite para el retiro de las fuerzas sudafricanas de Namibia.

96. Comprobamos con pesar que después de más de 2 años este plazo de prescripción no ha sido respetado. El Gobierno de Pretoria ignora tranquilamente las consecuencias y desafía sin temor a la comunidad internacional.

97. Del mismo modo, las Naciones Unidas impusieron sanciones económicas para la colonia británica rebelde de Rhodesia, constituida en república por un puñado de colonos blancos. Pero aquellos a quienes las Naciones Unidas condenan, no dejan de seguir siendo prósperos merced a las complicidades, a veces inesperadas, que encuentran en el mundo.

98. Estamos hablando aquí de los límites de los poderes reales de las Naciones Unidas. Ellas disponen de medios muy limitados frente a cualquier Potencia que esté resuelta a hacer caso omiso de sus decisiones. Es cierto que en teoría pueden recurrir a la fuerza militar, pero, toda intervención de este tipo debe justificarse por una amenaza a la paz, según lo disponen los Artículos 41 y 42 de su Carta.

99. Entre tanto, las grandes Potencias suelen emprender un juego destructivo. Algunas de ellas consideran que nuestro continente es una reserva de materias primas y otras ven en él un campo de maniobras para la subversión. Antes de defender una doctrina económica o un sistema social, oponen sus hegemonías, sus tendencias respectivas pero antagónicas al imperio universal. La libertad, la democracia, el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos que invocan en sus polémicas las unas contra las otras, están destinados en general simplemente a colocar los principios al servicio de la fuerza.

100. Un continente pobre no puede permitirse el lujo de ceder ante las presiones exteriores sin correr el riesgo de un desquiciamiento inmediato. Si no deseamos vernos sumidos en una catástrofe, tenemos que rechazar esta dialéctica infernal de la violencia y de la muerte, lamentablemente, conforme a las leyes eternas de la lucha entre los imperios.

101. Si no logramos que en Africa meridional se tomen decisiones equitativas, este fracaso servirá inmediatamente de excusa para injerencias extranjeras aún más peligrosas. Africa figura en los atlas como una de las cinco partes del mundo. Esta comprobación banal entraña una consecuencia muy simple: su equilibrio afecta al del planeta. En un siglo donde todos los intereses son solidarios, no comprender esta necesidad equivale a no entender una de las grandes leyes de la época: la verdadera política no conoce la piedad ni la fantasía.

102. Ninguna gran Potencia observa jamás sin reaccionar los desgarramientos ajenos. Cada una se esfuerza por apoyar a sus amigos, por defender sus intereses y su clientela. Para una y otra, la menor abstención equivale a dejar el campo libre al adversario. En este dominio de las fieras que es la lucha por la supremacía internacional, nadie lo acepta a corazón ligero.

103. Inevitablemente, bajo el efecto de una fatalidad física, toda crisis grave degeneraría realmente entre nosotros en una lucha de influencia entre las hegemonías. Lo que estaría en juego sería inalcanzable para nosotros y sólo una locura suicida puede aceptar semejantes desastres.

104. Africa necesita la paz; estamos firmemente convencidos de ello. Normalmente, el pacifismo se basa en la certeza de que la buena voluntad recíproca suprime todo antagonismo entre los Gobiernos. El nuestro se inspira en una visión menos optimista de los asuntos mundiales. Fuera de la paz, sus dificultades sólo dejan a nuestro continente una opción restringida entre diferentes tipos de catástrofes.

105. Se trata, pues, de escapar a los bloques abastecedores de armas y de ideologías bélicas. He aquí la indudable verdad de que hay que convencerse con realismo: la paz, y sólo la paz, nos protegerá contra las injerencias extranjeras y garantizará nuestra independencia. Si no logramos reunir las condiciones necesarias para ello, podemos esperar lo peor.

106. El fervor ideológico convencerá acaso a algunos a actuar en forma distinta, a admitir de los labios hacia afuera esta paz cuya necesidad sólo sienten a medias en el fondo de su corazón; pero, en este caso, que no duden de que se van a exponer a muy malas sorpresas: el que siembra vientos siempre cosecha tempestades.

107. A este respecto, sabemos bien que nuestra palabra no tiene nada de extraordinario ni de revolucionario: se limita a expresar observaciones con un sentido común bastante prosaico. Pero ¿qué podemos hacer si sabemos que el entusiasmo induce a error tan a menudo a los hombres? El realismo y la modestia no excluyen, sin embargo, la resolución. La indiscutible necesidad de la paz nos mueve a defenderla sin tregua.

108. Sin embargo, la OUA reconoce que nuestros hermanos de Africa del Sur tienen el derecho de liberarse por todos los medios que juzguen convenientes. Así pues, y de conformidad con las resoluciones aprobadas en el decimo-cuarto período ordinario de sesiones de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA celebrado este año en Libreville [véase A/32/310], asegura a sus movimientos de liberación todo su apoyo diplomático, financiero, material y militar, sin olvidar un solo instante la lucha que han emprendido sobre el terreno y a la que saludamos aquí por su valor y sacrificio.

109. La comunidad internacional y los países que la componen pueden hacer mucho, sin embargo, para que callen las armas y a fin de que millones de africanos recobren su dignidad y su libertad. Les dirigimos una exhortación solemne para que tomen sin más demora las medidas necesarias. Entre ellas, la que nos parece más indicada en lo inmediato es el aislamiento de la República de Sudáfrica mediante un boicot total y eficaz, especialmente en lo económico, que iría hasta la supresión de la ayuda y de las inversiones que recibe este país de otras naciones del mundo.

110. No podemos seguir colocando impunemente de un lado de la balanza la vida de millones de seres humanos, esclavos en su propio país, y del otro intereses materiales, sin duda considerables, pero cuyos beneficios pesan muy poco en comparación con lo que cuestan en sufrimientos y en humillación. De lo contrario, desesperaríamos para siempre de la especie humana.

111. ¿Cómo podemos olvidar — y la experiencia nos lo demuestra — que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, armados con un derecho de veto negativo y paralizador, no consideran nuestros intereses como si fueran suyos? El predominio jurídico que poseen sanciona simplemente la supremacía de las cinco Potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, desde 1945, en los 32 años transcurridos, todo el mundo ha cambiado. Según la lógica, también debería modificarse el funcionamiento de las Naciones Unidas para reflejar las nuevas relaciones de fuerzas que surgieron desde esa época.

112. Al capitular el Tercer Reich, Africa no existía políticamente sino a través de la soberanía de sus colonizadores. El derecho de veto detentado por Francia e Inglaterra no reflejaba tan sólo su participación moral o militar en la victoria de las democracias, sino también su soberanía sobre inmensos imperios. Hoy día, estos imperios ya no existen.

113. Entonces, ¿en virtud de qué derecho los privilegios de que disfrutaban subsistirán hasta la consumación de los siglos cuando un continente hoy libre como es Africa no dispone de poderes equivalentes? Con igual título pedimos

solemnemente que un miembro de la OUA, designado anualmente por nuestra Organización, ocupe un asiento en el Consejo de Seguridad con los mismos derechos y los mismos deberes que los demás. Nuestro pedido podrá parecer sorprendente pero simplemente refleja la impaciencia de los países nuevos ante la hipocresía y el paternalismo mal disimulados de un mundo inmóvil.

114. Sin embargo, en medio de su sufrimiento y de su angustia, los africanos no sienten menos preocupación ante los otros focos de tirantez y de guerra que existen todavía en el mundo. En Chipre, donde perdura el recuerdo del gran líder desaparecido, el difunto Arzobispo Makarios, que saludo, deben retirarse las fuerzas extranjeras, respetándose la integridad territorial de esa isla y su condición de país no alineado. El conflicto debe resolverse mediante el diálogo entre las comunidades chipriotas exclusivamente.

115. De manera similar en Corea, el camino hacia la paz, o sea, hacia la reunificación, debe emprenderse inevitablemente mediante el diálogo entre los coreanos del Norte y los del Sur.

116. Con respecto al conflicto del Oriente Medio, en el cual están implicados ciertos Estados africanos, la posición de la OUA no ha variado.

117. Nosotros pensamos que la paz puede y debe reinar en esa parte del mundo, rica en historia y cara a la humanidad; que el momento actual parece propicio para un arreglo definitivo del conflicto, en beneficio de todos los pueblos de la región.

118. Pero nosotros pensamos que el camino hacia la paz pasa por el reconocimiento sin ambigüedades del derecho de los palestinos a poseer una patria y por el retiro de las fuerzas israelíes de las tierras árabes ocupadas desde 1967, así como por la estricta aplicación por las partes beligerantes de las resoluciones 242 (1967) y 338 (1973) del Consejo de Seguridad que ellos han suscrito.

119. Dicho esto, sólo me resta referirme a otro grave mal al que aludí al comienzo de mi exposición y que afecta al Africa y al tercer mundo.

120. Un verdadero filósofo, es decir, dotado de cierta ironía, se regocijaría sin duda ante las ideas variables y fluctuantes con que los hombres se entusiasman de tiempo en tiempo. En Europa, el culto del materialismo sucedió en un siglo al de la razón, no sin ciertos desvíos por la libertad, el progreso, la ciencia, el socialismo y el nacionalismo. En su devoción, los occidentales llevaron su entusiasmo hasta el punto de matarse entre ellos a causa de esas sonoras palabras. Desde la Segunda Guerra Mundial el dogma del desarrollo predomina sobre todos los otros y ciertamente debe su prodigiosa fortuna al fracaso, a la agonía de los principios anteriores. En una sociedad llamada "de consumo" el trabajo relativo a la multiplicación de productos consumibles ocupa naturalmente el centro de las cosas.

121. En nuestros países el desarrollo enciende la imaginación, pero de una manera muy diferente del sentido que tiene para los pueblos industrializados. Evidentemente no deseamos fabricar más con la sola finalidad de absorber, sino de obtener lo necesario en lugar de lo superfluo y

erradicar la enfermedad y la miseria. Obtenidos esos objetivos debemos adquirir suficiente fuerza para liberarnos de tutelas extranjeras en la medida de lo posible. Estas tareas gigantescas no representan en sí mismas un remedio para todos nuestros males. Debemos cuidarnos de considerar el desarrollo como una especie de Dios conciliador que proporciona al mismo tiempo explicación y solución a las dificultades de la vida colectiva. Las perturbaciones que introduce en las sociedades tradicionales crean casi tantas complicaciones como las penurias que suprime. Por lo tanto, debemos obrar con suma prudencia y sin precipitación. A despecho de sus grandes méritos, el desarrollo no reduce a la nada las constantes de la historia. Tenaces rivalidades políticas e ideológicas separan a ciertos Estados. Todos los factores oponen entre sí en primer término sus concepciones sobre el porvenir del mundo.

122. Convencidos en último análisis de que todas las controversias se reducen a rivalidades económicas, a variaciones en las curvas estadísticas, ciertos líderes occidentales atribuyen esos conflictos a la pobreza. Según ellos, un mejoramiento constante del nivel de vida pondrá término, tarde o temprano, a los antagonismos más tenaces. Si, de acuerdo con el proverbio, "un estómago vacío no tiene orejas", según ellos un estómago lleno tampoco las tiene. Este concepto de la vida siempre nos sorprenderá por su ingenuidad. Imaginar que la riqueza es capaz de apaciguar cualquier conflicto por su solo mérito supone la improbable virtud de sofocar las luchas que los hombres emprenden para conquistar la riqueza. Asombra una concepción tan angelical, que nos recuerda el otro proverbio: "El que hace el ángel, hace la bestia."

123. Los partidarios del economismo responden a nuestras dudas diciendo que tal vez no existe ya ninguna razón para enfrentarse a otros cuando la abundancia de los bienes suprime la necesidad de adquirirlos. Este tipo de fábula seduce a los ricos y a los pueblos consentidos. Los conflictos entre los gobiernos combinan de ordinario causas muy diversas como para que sea razonable reducirlas a una sola. Nuestra experiencia, nuestra dignidad de pobres, se sublevan contra una concepción de la existencia en la cual la profusión de bienes se convierte en el supremo y único valor de la vida.

124. Los Estados nacidos de la descolonización, por su parte, están edificados sobre bases de distinta naturaleza. Con la debida consideración por los tecnócratas, el crecimiento no ejerce sino una influencia muy débil sobre el instinto colectivo.

125. Europa misma no escapa a esta ley. ¿Es que una abundancia colectiva impide a los franceses que vean con aprensión el prodigioso surgimiento de Alemania y la preeminencia del marco en el mercado de cambios? Las sorprendentes hazañas en la tecnología alcanzadas desde hace algunos años por los occidentales no les han impedido en absoluto protegerse de las exportaciones japonesas.

126. Por su parte, los Estados Unidos temen a veces los progresos logrados por los ex beneficiarios del Plan Marshall.

127. Desde cualquier ángulo que se considere, la expansión no lleva consigo solamente la abundancia; produce

también la competencia y despierta fatalmente las viejas inclinaciones agresivas que siempre se movilizan en el corazón de las naciones.

128. Si bien no esperamos que el desarrollo multiplique los milagros, la verdad es que esperamos mucho de él. Sabemos que el desarrollo es deseable, necesario, que produce inmensas transformaciones. Pero hay que adaptarlo a las necesidades de nuestros compatriotas, someterlo a los controles indispensables y a una disciplina social. Habiendo admitido estas reglas, ¿con qué gozo vemos que se introducen nuevos ritmos de vida hasta en la naturaleza! El país donde se construye el ferrocarril transgabonés decididamente quiere ser moderno. No aboga ciertamente por el inmovilismo, pero menos aún por un pasado bucólico, encantador, reconstruido sobre sueños.

129. El mundo antiguo fue duro con nuestros padres. Sólo los espíritus olvidadizos dejan de lado los rigores y las crueldades. Pero nuestros aldeanos, que las conocieron, a ningún precio quieren su prolongación. El desarrollo presenta para ellos el sentido muy positivo de mejoras cotidianas. Con simplicidad, identifican el desarrollo con algunos resultados concretos: la escuela, el dispensario, los transportes; es decir, muy a menudo sin saberlo, con la salud y el trabajo. Por humildes, prosaicos y limitados que parezcan, estos objetivos corresponden a los de todo poder consciente de su vocación. Ni él mismo ni los ciudadanos de que es responsable renunciarían a esos objetivos. En el momento mismo en que entra en el palacio presidencial, todo dirigente africano recibe la responsabilidad del bienestar de sus compatriotas, no bajo la forma administrativa general, como en los países industriales, sino en términos que pueden medirse por desgracias y sufrimientos aliviados.

130. De esta manera, el desarrollo figura entre las más imperiosas de nuestras obligaciones. Por necesario que sea, el despegue económico no se realiza en abstracto. A este respecto, los países declarados "pobres" atraviesan una etapa particularmente crítica. Bajo los efectos acumulados del deterioro de los términos del intercambio, del desorden monetario y de la inflación mundial, se empobrecen cada vez más y se amplía proporcionalmente la brecha que los separa de los países ricos. Entre los 25 países más pobres del mundo, 18 pertenecen a África. La mayor parte de sus balanzas comerciales acusa déficit más y más graves y el adeudo empeora y se hace intolerable en todas partes. Esta situación desalienta el desarrollo, engendra la baja productividad, la penuria, la disminución del nivel de vida, con su cortejo de reivindicaciones, miserias y trastornos sociales.

131. Los países industrializados, cuyo sistema de intercambio calculado en función solamente de sus intereses nos pone en esta situación dramática, deberían comprender que ellos mismos están amenazados por una agravación del desempleo y la inflación y, por consiguiente, por una recesión económica si sus proveedores de materias primas dejan de suministrárselas y, empobrecidos, les compran mucho menos.

132. Sin duda, se podrá argumentar que no nos falta la ayuda de estos países. Si comparamos los gigantescos esfuerzos desplegados después de la guerra por los servicios del Plan Marshall, esta ayuda parece insuficiente e irrisoria por su naturaleza, volumen y organización. Por esta razón,

es necesario decir la verdad al respecto. La ayuda pública, para hablar solamente de los países occidentales, como se sabe, tiende a disminuir en relación con las inversiones privadas, que, ya nadie lo ignora, son recuperadas con beneficios exorbitantes. Así, por ejemplo, si se descuentan del total de la suma presentada como ayuda al tercer mundo en uno de estos últimos años, los préstamos reembolsables y la ayuda condicionada, el concurso parsimoniosamente concedido no alcanza ni siquiera a la cuarta parte de esa suma global para los países del Comité de Asistencia para el Desarrollo. Dicho en otras palabras, menos del 0,20% al 0,25% del producto nacional bruto de estos países, o sea 10 veces menos que sus gastos de publicidad para un superconsumo, es decir, en concreto, lo superfluo y los espejismos. África reembolsa a los países industrializados en virtud de la deuda pública cerca del 75% de las sumas recibidas como ayuda. Conjugada con el efecto del deterioro de los términos del intercambio, su deuda aumenta dos veces más rápidamente que los ingresos de exportación, normalmente previstos para reducirla. La ayuda vinculada representa cerca del 80% de la ayuda bilateral. Ahora bien, como consecuencia de las utilidades, de los honorarios a los expertos, de los pagos excesivos a las oficinas de estudio, cuya capacidad a menudo es dudosa, por la venta de equipos y de patentes que ella suscita, esta ayuda recupera generalmente el 80% de las sumas concedidas en principio con un altruismo generoso. Por lo tanto, puede ser considerada como una subvención disfrazada a las exportaciones de bienes y servicios de los países desarrollados distribuidores. He ahí la verdad, por desagradable que sea y pueda parecer

133. Ciertamente, en primer término debemos contar con nosotros mismos. Pero también es necesario que nuestros productos sean remunerados con justicia, que la equidad se imponga cada vez más en la expansión del comercio mundial, que nuestras economías no estén constantemente a merced de los riesgos del cambio que se derivan de los reajustes y fluctuaciones monetarios, decididos unilateralmente por los países industrializados en su exclusivo interés. A este respecto, hemos depositado grandes esperanzas en los resultados del diálogo Norte-Sur, la Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional, y es con gran amargura como comprobamos hoy que sólo ha dado muy pequeños resultados, para no decir que ha fracasado. En estas condiciones, ¿la ceguera de los países ricos no nos empujará a la desesperación?

134. En nombre de 200 millones de hombres pedimos a sus representantes que midan verdaderamente sus inmensas responsabilidades. Al haber aceptado reunirnos aquí, pienso que debemos contemplar otras vías y medios para llegar a tiempo al saneamiento del comercio mundial.

135. Por lo tanto, nos parece urgente elaborar una nueva política económica internacional, basada sobre una justa organización de los mercados y sobre una activa renovación de la cooperación con el tercer mundo.

136. Esperamos que el quinto período de sesiones de la UNCTAD, que ha de celebrarse en Manila en 1979, aportará a este problema una solución satisfactoria para todos.

137. Pero, entre tanto, debemos reafirmar solemnemente la soberanía exclusiva de los Estados sobre sus riquezas y

darles, mediante la transferencia adecuada de la tecnología, los medios precisos para que por sí mismos se transformen, dentro de lo posible, protegiéndolos así en gran medida del deterioro de los términos del intercambio.

138. Paralelamente, el Consejo de la UNCTAD debe promover el proyecto de crear fondos comunes, así como el establecimiento de un sistema de garantías de créditos para las exportaciones de los países pobres.

139. He aquí, esbozados a grandes rasgos, los problemas principales de nuestro continente tal como se presentan en la segunda mitad del siglo XX. Su descripción, los remedios sugeridos serán recibidos ciertamente con la simpatía que es normal obtener en esta Asamblea.

140. Queremos la paz, y en esta tierra todos afirman quererla como el más grande, el más precioso de todos los bienes. Oficialmente, los belicistas más rudos jamás vacilan en proclamarse los mejores paladines de la paz. Según un argumento bien conocido, incluso los agresores consagrados afirman defenderla cada vez que hacen un disparo de fósil. Pero, aparentemente, este tesoro tan precioso, tan buscado, sólo se alcanza con el mayor de los males.

141. Esta contradicción patente entre el resultado obtenido y la meta deseada da qué pensar. Los tratados de no agresión proliferan sin que se detenga la carrera de los armamentos. Las Naciones Unidas deliberan como una especie de parlamento de Estados a nivel internacional, sin que gran número de sus votos disminuyan verdaderamente los sufrimientos humanos. Más aún: después de la Segunda Guerra Mundial no ha transcurrido un solo día sin que la sangre se haya derramado sobre la superficie de la tierra: en la India, en China, en Corea, en Viet Nam, en Argelia, en el Oriente Medio, por no hablar de otras hecatombes, como si una trágica predestinación persiguiera a toda nuestra especie.

142. En Africa misma, varios conflictos azotan las memorias e ilustran esta funesta fatalidad. El continente no se desarrollará sino con la resolución de librarse de ella. Por otra parte, contrariamente a muchas ilusiones, la paz no se decreta; se gana, se merece con perseverancia y voluntad. Estas virtudes no se ejercen naturalmente en el vacío; exigen el respeto de algunas reglas y, sobre todo, la tolerancia entre los Estados con sistemas políticos y sociales diferentes. Innumerables resoluciones de política extranjera consagran indudablemente este principio. A veces, inclusive, lleva el nombre atrayente de coexistencia pacífica. Según sus propios adeptos, ese pacifismo no se aplica, sin embargo, más que a la diplomacia y al comercio; no concierne a la ideología. Por el contrario, admite sobre este punto la persistencia de vigorosos antagonismos.

143. Esta extraña combinación pretende conciliar a los polos opuestos. Las doctrinas gubernamentales inspiran, en efecto, la vida de los pueblos, así como las convicciones íntimas de los individuos. Sólo el respeto mutuo garantiza el entendimiento sincero, desprovisto de segundas intenciones.

144. La intensificación de las controversias teóricas lo único que puede hacer es introducir, a título de revancha, nuevas ocasiones de controversia; si no, las palabras no tendrían ningún sentido.

145. Hoy tengo ante ustedes el insigne y extraordinario privilegio de prestar mi voz a unos 200 millones de desheredados.

146. Cada vez que veo a nuestro continente en un mapamundi, me sorprende sobre todo su silueta masiva, compacta, poderosa, replegada en sí misma como un formidable secreto. ¿Qué futuro, qué enigmas se ocultan tras estas líneas sobrias y cerradas? Allá donde Europa deshilacha en el infinito los arabescos caprichosos de sus costas, allá donde América extiende su potencia desde los bancos polares hasta la Tierra del Fuego, donde Asia cubre una tercera parte del globo en su bloque horizontal, nuestra Africa se sitúa en el centro del mundo como si ella fuese el corazón.

147. Según los paleontólogos, la especie humana encontró allí su cuna hace varios millones de años. Ciertamente, no nos jactaremos de ello para obtener una gloria cualquiera.

148. Como los individuos, los pueblos experimentan un legítimo orgullo ante las hazañas que ellos realizan o realizaron sus padres; no en circunstancias arriesgadas, lejanas, ajenas a sus méritos, como a su voluntad.

149. Los africanos del siglo XX, evidentemente, no tienen ninguna responsabilidad con respecto a la población antediluviana del espacio que hoy ocupan. No están seguros de identificar a sus antepasados entre esos lejanos desconocidos de nuestra prehistoria. Simplemente los fósiles atestiguan que vivieron y cazaron allí donde nosotros posamos nuestros pies y construimos nuestras ciudades.

150. No evocaremos, pues, su memoria más que con una única certidumbre: el futuro de Africa va hacia adelante, ciertamente no en un pasado lejano. Con sus ambigüedades, sus trampas, absorbe profundamente nuestra atención. No nos permite en absoluto soñar al borde de los milenios cuando las tareas más inmediatas solicitan una vigilancia incesante.

151. ¡No nos engañemos! De la misma manera que los hijos llevan consigo los defectos y las virtudes de sus padres, el Africa del mañana quedará marcada profundamente por la generación actual.

152. “Nuestros actos nos persiguen”, observaba en la primera mitad del siglo un célebre historiador francés. Los nuestros pesarán inevitablemente sobre las generaciones futuras. Ciertamente, esperamos transmitirles como legado el poder y la paz.

153. Desafortunadamente, la herencia que nosotros hemos recibido no es en modo alguno una página en blanco en que sería suficiente inscribir nuestras cuatro voluntades. Sin embargo, aunque los obstáculos nos inquieten, no nos atemorizan, y menos aún nos desalientan. Africa se presenta ante ustedes confiada en su honor, con la resolución de ocupar el lugar que le corresponde por justicia en un mundo apaciguado por el progreso y la luz.

154. En cuanto a ustedes, mis queridos hermanos africanos, en nombre de esta Africa tan cara a todos nosotros, en nombre de la OUA y en virtud del mandato que unos y

otros han tenido a bien conferirme, quisiera hacerles un llamamiento al buen sentido, en primer término a su sentido de africanos, a la solidaridad africana, a la filosofía africana, para que se acallen nuestras pequeñas querellas, para que cesen nuestros egoísmos y para que podamos, más que nunca, mostrar a la faz del mundo que los africanos han comprendido, que los africanos saben, cuando quieren, resolver sus problemas “a la africana”. Por ello, más que nunca, debemos respetar las resoluciones que unos y otros hemos aprobado libremente en nuestras reuniones del decimocuarto período ordinario de sesiones de la Asamblea

de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA, que se celebró en Libreville

155. El PRESIDENTE (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, agradezco a Su Excelencia El Hadj Omar Bongo, Presidente de la República Gabonesa y Presidente en ejercicio de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA, el importante discurso que acaba de pronunciar.

Se levanta la sesión a las 13.35 horas.